

EL SECRETARIO

POR

JORGE SAND

Traducción de

D. EUGENIO DE OCHOA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO



ERÍAN las once de la mañana, una de las calurosas de verano, cuando, camino de París á Lyon, viajaba un joven de gallarda presencia: llamábase Luís de Saint-Julien, y con razón precedía á su apellido

el título de conde, porque era en efecto de una de las principales familias de su provincia. Caminaba no obstante á pie y con un pequeño morral al hombro; su traje era más que modesto, y por momentos se le iban hinchando los pies, bajo sus polainas cubiertas de polvo.

Este joven, criado en el campo bajo la dirección de un digno eclesiástico, tenía mucha rectitud de principios, un talento asaz despejado y la suficiente instrucción para aspirar al empleo de preceptor, de segundo bibliotecario ó de secretario particular. Tenía muchas buenas prendas y algunas virtudes; tenía también flaquezas y aun defectos, pero estaba exento de vicios. Era bueno y novelesco, pero orgulloso y tímido, es decir, puntilloso y desconfiado, como todos los que no tienen experiencia de la vida ni conocen el mundo.

Si no basta esta ligera reseña de su carácter para excitar el interés del lector, acaso le concederá la lectora un poco de benevolencia cuando sepa que el joven conde Luís de Saint-

Julien tenía hermosos ojos, manos muy blancas, dientes como el marfil y cabellos de azabache.

¿Por qué razón viajaba á pie? probablemente sería porque no tenía medios de ir en coche. ¿De dónde venía? á su tiempo lo diremos. ¿Adónde iba? ni aun él mismo lo sabía. Sin embargo, en estas pocas palabras pueden resumirse su pasado y su porvenir: venía del triste país de la realidad y trataba de aventurarse á todo trance en el dulce país de las ilusiones.

En los ocho días que llevaba de camino, había soportado heroicamente el cansancio, el sol, el polvo, las malas posadas, y el invencible espanto que camina siempre triste y silencioso al lado de un hombre sin dinero: pero una fuerte desolladura en un tobillo le obligó por fin á sentarse en un poyo inmediato á una casa de postas.

Acertó á pasar por delante de él, al cabo de pocos instantes, una elegante y airosa berlina de camino, seguida de una carretela cerrada y de un coche que contenían, al parecer, la servidumbre ó la familia de algún personaje de distinción.

Ocurriósele al mancebo la idea de subirse á la trasera de uno de aquellos carruajes; pero no bien estaba instalado en ella, cuando el postillón, echando al soslayo una ojeada muy ducha en observaciones de aquella especie, descubrió el perfil del delincuente, que corría con la sombra del coche y de los caballos sobre la blanca arena del camino; paróse inmediatamente y le intimó, con tono imperioso, que se apease de su asiento. Apeóse en efecto Saint-Julien y se dirigió á las personas que iban en el coche, persuadido en su crédula sencillez de que sólo un postillón grosero podía oponerse á una pretensión tan natural como la suya; pero las dos personas que ocupaban el carruaje eran una lectora (1) y un mayordomo, personas de suyo esencialmente altaneras é insolentes: ella y él le enviaron noramala.

— Gente soez y mal criada — les replicó Saint-Julien montado en cólera; — ellos sí que han nacido para ir á la trasera del coche de una persona decente.

(1) Empleo especial en las casas de algunos grandes, sobre todo en Italia; no creemos que la costumbre de tener lector ó lectora esté generalizada en España más que en los colegios y en los conventos.—(N. del T.)

Saint-Julien hablaba en alta voz y con energía, el camino iba cuesta arriba y los tres carruajes andaban lentamente y sin hacer ruido sobre una arena menuda y caliente. La voz del pedestre joven y la del postillón que le insultaba, por hacerse el amable con los viajeros del coche, llegó á oídos de la persona que ocupaba la berlina: asomó la cabeza por la portezuela para ver lo que pasaba detrás de ella, y Saint-Julien vió con una opresión de pecho, muy propia de sus pocos años, el más hermoso busto de mujer que concibió jamás su imaginación juvenil; pero no tuvo tiempo para admirarla despacio, pues apenas puso en él los ojos la señora, bajó él los suyos al suelo con timidez. Entonces aquella mujer tan hermosa, dirigiéndose al postillón y á sus criados, con una recia voz de contralto y con un acento extranjero algo retumbante, les echó una fuerte reprimenda é interpeló con familiaridad al joven viajero.

— Ven acá, hijo mío — le dijo; — súbete al pescante de mi berlina y deja un huequecillo de cuatro dedos para mi galga blanca que va la pobre en el estribo. Ea, despacha; reserva tus cumplidos y tus reverencias para otro día.

No esperó Saint-Julien á que se lo dijeran dos veces y, jadeando de cansancio y de alegría, trepó al pescante y acomodó á la galga entre sus rodillas. Llegado que hubo al fin de la cuesta, partió el carruaje á galope.

En la posta siguiente, á la que llegaron á todo el correr de los caballos, apeóse Saint-Julien temeroso de abusar del permiso que se le había concedido prolongando su viaje de aquella suerte; y como se mezcló á los postillones, á los tiros, á las gallinas y á los pobres que atestan siempre una casa de postas, pudo á su sabor contemplar á la hermosa viajera que no hacía el menor caso de él y reprendía á sus lacayos, uno después de otro, en tono como entre enfadado y festivo. Era en verdad una persona muy singular y cual nunca había visto Saint-Julien otra semejante; era alta, airosa, ancha de hombros, cuello blanco y esbelto y tenía actitudes juntamente marciales y majestuosas. Cualquiera la hubiera dado sus treinta años cumplidos, pero acaso no tenía más que veinticinco; era una hermosura algo cansada, pero su palidez, sus mejillas casi imperceptiblemente hundidas, y el semicírculo azulado que se destacaba debajo de sus rasgados ojos negros,

daban una expresión de voluntad reflexiva, de penetrante inteligencia y de firmeza melancólica á toda aquella cabeza, cuya belleza lineal podía, á mayor abundamiento, ponerse en parangón con los más perfectos camafeos antiguos.

No menos que su desenfado admiraron á Saint-Julien la riqueza y coquetería de su traje de camino. Parecía tan viva como bondadosa y echaba dinero á los pobres con extraordinaria profusión: iban en su coche otras dos personas á quienes no se acordó de mirar nuestro joven, tan embelesado estaba en contemplar á aquella.

En el momento de echar á andar, asomóse de nuevo á la portezuela, y buscando con los ojos á Saint-Julien, le vió que se acercaba con el sombrero en la mano para darle gracias; no se hubiera atrevido el pobre muchacho á reiterar su solicitud, pero ella previno sus deseos, diciéndole:

—¿Cómo es eso? ¿te quedas aquí?

—Señora—respondió—voy á Lyon, pero temía...

—¡Bueno! ¡bueno!—repuso con su voz imperiosa y varonil—allí te dejaré antes de que sea de noche. Ea, arriba!

Llegaron en efecto al caer la tarde. Más de cien veces había tenido tentaciones Saint-Julien durante el viaje de volverse y echar al interior de la berlina una furtiva ojeada; pero no se atrevió á hacerlo conociendo que su curiosidad podía parecer grosería é ingratitud: contentóse con apearse en todas las paradas y mirar á hurtadillas á la hermosa viajera, para examinar sus acciones, escuchar sus palabras y escudriñar su conducta, afectando no obstante un aire indiferente y distraído; mas siempre halló en ella aquella mezcla continua de farfantería que tanto le daba en qué entender. No se atrevía á dirigir la palabra á ninguna de las personas de su comitiva para satisfacer la imprudente curiosidad que bullía en su cabeza, y no sabía absolutamente cómo responder á estas preguntas que á sí mismo se hacía: —¿Es una reina ó una aventurera? ¿Cómo averiguarlo? ¿Qué se me importa? añadía; ¿por qué he de apurarme tanto por una mujer á quien he visto hoy, y á quien acaso no volveré á ver en mi vida?

Entraron la viajera y su comitiva con gran pompa y boato en la posada principal de Lyon. Indeciso estuvo por un momento Saint-Julien no sabiendo si era aquello una posada ó la casa de su desconocida protectora; mas de todos modos

echó pie á tierra con gran presteza, á fin de largarse más que á paso en la última hipótesis, y de no hacer la desairada figura de un mendigo parásito.

Pero á la vista del posadero que salió seguido de sus satélites en chaqueta blanca al encuentro de la recién venida, detúvose arrastrado por una irresistible curiosidad, y oyó salir de boca del dueño de la casa estas palabras, que le quitaron un peso enorme de encima del corazón:

—Aguardaba á Vuestra Alteza, y espero que quedará contenta.

Disipadas entonces sus penosas dudas, resolvióse Saint-Julien á hacer su primera calaverada. En vez de ir á buscar, como solía, algún escondrijo oscuro y frugal en el barrio más humilde de la población, pidió un cuarto en la misma posada que la princesa á fin de volverla á ver, aunque no fuese más que por un instante y de lejos, exponiéndose á gastar más dinero en un solo día que en los ocho que llevaba de camino.

Sólo halló por doquiera caras melosas y atenciones infinitas, porque le creyeron agregado á la servidumbre de la princesa, y sabido es que los ricos son un objeto de profunda veneración en todas las posadas del mundo.

Después de haberse retirado á su cuarto para adonizarse un poco, se sentó en el patio sobre un banco, y echó una mirada á las ventanas á que supuso que podría asomarse la princesa. No tardaron en realizarse sus esperanzas; abriéronse los balcones, pusieron dos personas un sillón con su correspondiente banquillo en una ventana, y en él se arrellanó grandemente la princesa fumando repetidos cigarrillos ambarados, mientras que un hombrecillo enjuto y la cabeza empolvada, puso una silla junto á ella, desplegó lentamente un papel, y empezó en tono respetuoso la lectura de una gaceta italiana.

Sin suspender su agradable ocupación de fumar uno tras otro los abundantes cigarrillos que le presentaba ya encendidos una lindísima camarista ó doncella, á quien por la elegancia de su compostura tomó Saint-Julien, cuando menos, por una marquesa, la alteza ultramontana le miró entornando los párpados con tal impavidez que el pobre mozo se puso encendido como una grana. Volvióse la curiosa dama á su don-

cella, y sin consideración alguna hacia los pulmones del abate que leía para las paredes:

—Ginetta—le dijo—¿no es ese el muchacho que recogimos esta mañana en el camino?

—Sí señora.

—¿Luego se ha mudado de vestido?

—Así me parece, serenísima señora.

—¿Vivirá aquí?

—Creo que así es en efecto, como dice Vuestra Alteza.

—¿Y por qué interrumpe su lectura, buen abate?

—Creí que Su Alteza no se dignaba escuchar.

—¿Y qué le importa á él? Adelante.

Volvió el abate á su tarea, habló al oído la princesa á Ginetta, que volvió un momento después trayendo un antejo de teatro y con él examinó muy bien la princesa á Saint-Julien. Tenía éste una figura muy delicada é interesante; el cansancio y las penas daban á su rostro pálido una dulce expresión de ternura y languidez.

Volvió la princesa el antejo á Ginetta diciéndola: *Non è troppo brutto*; luego tornó á tomarle, y de nuevo le flechó en el joven. El abate continuaba leyendo.

No había podido Saint-Julien ponerse tan elegante como hubiera sido de desear. Había sacado de su pequeño ajuar de camino un blus de cutí ruso, un pantalón blanco y una camisa limpia y muy fina; pero aquel blus bien ceñido á la cintura dibujaba un talle flexible y delgado como el de una mujer; su camisa abierta dejaba ver un cuello de nieve sombreado por largos cabellos negros; una gorra de terciopelo negro, airosamente inclinada sobre la oreja, le daba una fachita de paje enamorado y poeta.

—Ahora que ya no está cubierto de polvo—dijo Ginetta—parece persona muy bien nacida.

—¡Hum!—dijo la princesa tirando el cigarro sobre el periódico que leía el abate y que prendió fuego precisamente debajo de las narices del digno personaje;—será algún pobre estudiante.

No oía Saint-Julien lo que decían aquellas dos mujeres, pero bien conocía que se ocupaban de él, porque no se tomaban el menor trabajo para disimularlo. Escocióle un poco verse casi señalado con el dedo, como si no fuera un hombre

y como si hubieran creído imposible comprometerse con él, y así, para substraerse á quella impertinente investigación, entró en la sala de los viajeros.

Iba ya á sentarse á la mesa redonda, cuando sintiendo que le daban un golpecito en el hombro, volvió los ojos y se halló cara á cara con la rancia y negra persona del abate que vió poco antes asomada al balcón.

Llamándole á un lado, y después de mil obsequiosas reverencias, preguntóle el abate si quería cenar con su Alteza Serenísima la princesa Cavalcanti. Poco faltó para que le diese un patatús al pobre Saint-Julien; mas luego, vuelto en sí de su primera estupefacción, discurrió que bajo la triste catadura del abate podía muy bien albergarse un natural irónico y zumbón; y así recurriendo á toda su serenidad:

—Seguramente, caballero—respondió—cuando me haya hecho el honor de convidarme.

—Pues esa comisión es precisamente la que traigo—repuso el abate inclinándose hasta el suelo.

—¡Oh! pero eso no basta—dijo Saint-Julien que se creyó chuleado por la misma princesa.—Entre personas de nuestra categoría, bien sabe la princesa Cavalcanti que no se emplea á un abate á guisa de embajador: yo quiero tratar con un personaje más importante que vueseñoría ó recibir una carta firmada por la ilustre mano de su Alteza.

No opuso el abate la menor objeción á esta extraña pretensión, ni expresó su rostro la menor opinión personal en el negociado que estaba desempeñando: saludó profundamente á su interlocutor y le dejó diciendo que iba á llevar su respuesta á la princesa.

Volvió Saint-Julien á sentarse á la mesa redonda, convenido de que acababa de desbaratar un complot fraguado para reirse de él. Tenía tan poco conocimiento del mundo, que sus admiraciones nunca duraban mucho.

—Puede—se decía—que todas estas cosas estén admitidas en la sociedad.

Ya había vuelto á su gravedad habitual, cuando le llamó la atención el nombre de Cavalcanti que oyó pronunciar confundidamente en el extremo opuesto de la mesa.

—Caballero—dijo á un joven que estaba á su lado—¿quién es esa princesa Cavalcanti?

—¿Quién es—dijo el joven atusándose el bigotillo rubio y dándose un aire desdenoso, como de persona que no tiene nada nuevo que aprender en el universo—la princesa Quintilia Cavalcanti? ¡Bah! una princesa como otras muchas.

Iba Saint-Julien á responder, cuando le tocó en el hombro el posadero y le pidió que tuviese la bondad de salir un momento.

—Caballero—le dijo con muestras de verdadero sobresalto—cosas muy extraordinarias están pasando entre usted y su Alteza la señora princesa Cavalcanti.

—¿Cómo? ¿pues qué?...

—¡Ah! ¡es una friolera! ¡Su Alteza le convida á usted á cenar con ella y usted rehusa! ¡Y es usted causa de que su excelente abate Scipione acabe de llevar una solemne peluca! La princesa no quiere creer que haya cumplido bien su comisión y le echa la culpa de la ofensa que recibe... En fin, me ha mandado que venga á pedirle á usted razón de su extraño proceder.

—¡Esto ya pasa de raya!—dijo Saint-Julien;—esa señora tiene el capricho de burlarse de mí y yo no he de poder oponerme á que lo haga! ¡Me gusta el empeño!...

—La señora princesa es muy absoluta, pero...

—Pero la señora princesa Cavalcanti puede ser todo lo absoluta que quiera, pero aquí no se halla en sus estados y no conozco ninguna ley francesa que me obligue á cenar por fuerza con ella...

—Por amor de Dios, señor, no diga usted eso: si madama de Cavalcanti recibiese una injuria en mi casa, sería capaz de no volver á poner los pies en ella. ¡Una princesa que pasa por aquí casi todos los años! ¡y que no se detiene dos días sin hacer más de cien escudos de gasto!... En nombre del cielo, señor mío de mi alma, vaya usted, vaya usted á cenar con ella. La cena será estupenda: faisanes, jaletinas...

—Ea, hágame usted el gusto de dejarme en paz.

—Por vida mía—exclamó el posadero profundamente consternado y cruzando las manos sobre su enorme barrigón—por vida mía que no lo entiendo. ¡Cosa como ella! un joven que no quiere cenar con la princesa más hermosa del mundo porque teme que se burlen de él! ¡Ah! ¡si la señora princesa supiera que lo hace usted por ese motivo, ahora sí que diría que los franceses son gente muy ridícula!

—Ahora que lo pienso—dijo Saint-Julien entre sí—puede que tenga razón. Y aunque se burlen de mí, ¿qué importa? si así fuera, yo procuraría tomar mi revancha.

—¡Pues, señor!—añadió dirigiéndose al posadero—vaya usted á presentar mis respetos á la señora princesa y dígala que estoy pronto á obedecer sus órdenes.

—¡Looado sea Dios!—exclamó el posadero:—no tendrá usted motivo para arrepentirse. ¡Va usted á comer las más exquisitas truchas de Ginebra que...!

Y echó á correr loco de contento.

Con el objeto de darle tiempo para despachar su comisión, volvió Saint-Julien á la sala en que estaban reunidos los viajeros. Reparó entonces en un hombre alto y pálido, de bastante buena figura, que rondaba al rededor de las mesas, como si fuera tomando cuenta de lo que decían los demás. Creyó Saint-Julien que era un espía porque nunca había visto á ninguno, y porque en su nimia desconfianza, todos los curiosos le parecían espías; nadie sin embargo tenía menos trazas de serlo que aquel individuo. Era pausado, melancólico, distraído, y no carecía de cierta bobera natural. En el momento en que pasó por junto á Saint-Julien, pronunció dos veces seguidas, entre dientes, y apoyando en las dos primeras sílabas, el nombre de Quintilia Cavalcanti.

Luego se sentó á la mesa é hizo algunas preguntas acerca de ella.

—Yo por mí—dijo una persona á quien se dirigió—nada puedo decir sobre el particular; pregunte usted á ese joven que está junto á la estufa. Es un criado suyo.

Púsose Saint-Julien colorado como un tomate, y volviendo bruscamente la espalda, se disponía á salir de la estancia; pero el extranjero, con singular tenacidad, le detuvo asiéndole del brazo, y saludándole con la amabilidad de un hombre que cree hacer una gran concesión á la necesidad,

—¿Tendría usted la bondad—le dijo—de decirme si la señora princesa de Cavalcanti llega directamente de París?

—No sé—respondió el joven con sequedad;—es persona á quien no conozco.

—¡Ah! caballero, pido á usted mil perdones. Me habian dicho...

Saint-Julien le saludó y volvió la espalda. El viajero pálido, tornó de nuevo á sentarse á la mesa.

—¿Y ha averiguado usted algo?—le preguntó el joven del bigotillo rubio.

—Buen yerro me ha hecho usted cometer—dijo el viajero pálido á la persona que le dirigió á Saint-Julien.

—Usted dispensará—repuso éste;—me pareció haber visto á ese joven en el pescante de su coche.

El joven de los bigotes sabía muy bien que Saint-Julien no conocía á la princesa, pues precisamente le había hecho á él una pregunta semejante á la del viajero pálido; pero era hombre que la echaba de ingenioso y chusco, y trató de prolongar el error de este último.

—No señor—dijo—yo tengo una certeza de que usted no se ha equivocado, pues conozco mucho á ese mozo y sé que es el ayuda de cámara de madama Cavalcanti. Si usted conociese el carácter de esos criados italianos, sabría que no sueltan una palabra gratis; hubiérale usted ofrecido siquiera un peso-duro y ya vería usted cómo...

—¡En efecto!—exclamó el viajero que tenía singular empeño en satisfacer su curiosidad. Sacó un luís del bolsillo y salió en busca de Saint-Julien.

Esperaba éste en el zaguán á que viniese el posadero á buscarle para introducirle en el cuarto de la princesa. De nuevo se le acercó el viajero pálido, pero con más resolución que la vez primera, y buscándole la mano, deslizó en ella la moneda que llevaba destinada al intento.

Saint-Julien, que no entendió qué quería decir aquel preludio, tomó el dinero y le miró continuando con la mano abierta en actitud de hombre que no sabe lo que le pasa.

—Ahora, buen amigo, respóndame usted—dijo el viajero pálido:—¿cuánto tiempo ha estado en París la princesa Cavalcanti!

—¡Cómolo! ¡Otra vez!—exclamó el joven furioso y tirando al suelo la doblilla de oro;—¡no hay más sino que todas estas pobres gentes han perdido el seso con su princesa Cavalcanti!

Fuése corriendo al patio y muy á punto estuvo en su cólera de irse también de la casa, creyendo que todos estaban de acuerdo para hacer rechiffa de él. En aquel momento le

cogió del brazo el posadero, diciéndole en tono jovial y afectuoso:

—Venga usted, venga usted, caballero, ya todo se arregló: el abate ha llevado su correspondiente récipe, y la princesa está aguardando.»

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO